

Nos queda la palabra

José A. Balboa de Paz

Durante el pasado mes de noviembre, en la casa de la Cultura de Ponferrada, el Instituto de Estudios Bercianos organizó un simposium sobre escritores bercianos bajo el lema "Nos queda la palabra". El encuentro, en palabras de su presidente, Alfredo Rodríguez, pretendió ser algo más que un recorrido histórico por la literatura del Bierzo o el momento actual de la misma; pretendía acercar la literatura berciana a un público más amplio, pues la mayoría de los autores son prácticamente desconocidos para el gran público. Sin embargo, como tantas otras veces, ese público no respondió a lo que de él se esperaba. Cada vez me convenzo más de que esto de la cultura es afición de minorías, y en esa minoría no incluyo al profesorado, cuya ausencia fue harto elocuente. Pero no hay que desanimarse, poco a poco iremos ganando algunos seguidores.

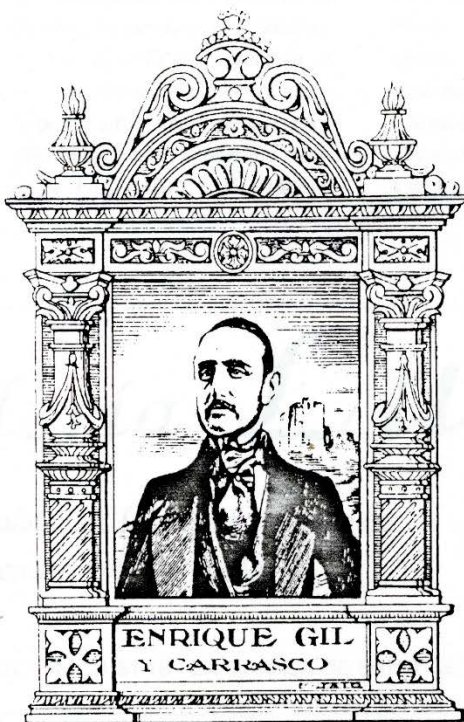
Para los que participamos en el simposium, el resultado fue extraordinariamente positivo, pues a través de las diferentes intervenciones de José Santos, Jesús García, José A. Balboa, Francisco Martínez, César Cabezas y Suárez Roca, pudi-

mos conocer mejor la amplia muestra de escritores que ha producido nuestra comarca, su notable importancia, su proyección en el resto de nuestro país e, incluso, su interés actual en muchos casos.

Nuestra historia literaria no pudo tener un mejor origen que el de aquella mujer insigne que fue Egeria que, en el siglo V, con su "Itinerarium" por los santos lugares de Jerusalem y

Palestina, inicia en nuestro país el género de los libros de viajes; o el de san Valerio, en el siglo VII, autor de una vida de san Fructuoso, el fundador del monacato berciano, que principia también en España el género autobiográfico. Autobiográfico es el testamento de san Genadio, del siglo X, en el que recuerda su impresionante labor restauradora en el valle del Oza y nos informa de la interesante biblioteca ambulante que estableció entre los diversos monasterios del valle. Como san Genadio, también obispo de Astorga, en el siglo XI, fue Sampiro, autor de una crónica que es una fuente imprescindible para conocer la historia del Reino de León desde Alfonso III hasta Alfonso V. En esos siglos medievales de monjes y ermitaños, el Bierzo acogió al cisterciense san Herberto autor de una vida de Santo Domingo de Corullón, y fue patria de Hugo de Santalla que allá por el siglo XII se convirtió en un famoso científico, astrólogo y alquimista.

Clérigos y monjes abundan en la literatura de los siglos del barroco y el neoclasicismo. La mayoría son cistercienses, hijos de Carracedo, como Diego



Sánchez Maldonado, Jerónimo LLamas, Sebastián Parra, Miguel Salgado, Ambrosio Molina y Ambrosio Alonso. En el siglo XVII nacieron en Ponferrada dos ilustres escritores de temas ascéticos, Diego de Baeza y Francisco de Santalla; en Arganza, Tirso de Santalla, prepósito de la Compañía de Jesús, y en Villafranca vive como presbítero en la colegiata el músico Lucas Ruíz de Ribayaz; pero sin duda la figura más egregia de todas ellas y probablemente del siglo XVIII es Fr. Martín Sarmiento, nacido en Villafranca del Bierzo en 1695, hace pues cuatro siglos. A caballo de ese siglo y el siguiente, la importante figura de López Cancelada.

En el siglo XIX la mayoría de los escritores bercianos son ponferradinos, pese a la imagen que a veces se ha proyectado sobre Villafranca como cabeza cultural del Bierzo. Los únicos escritores villafranquinos que conocemos en el siglo XIX son de los años finales, a excepción de Isidoro Ovalle que escribe hacia 1860, como José Bálgora y Francisco del Llano Ovalle, autor de "*Flores mustias y lozanas del Bierzo*", ambos escritores

en castellano y gallego. El resto, con excepción de los cacabelenses Antonio Fernández y Morales, autor en 1861 de "*Ensayos poéticos en dialecto berciano*" y en 1876 de "*Ensayos poéticos*" en castellano, y de José Castaño Pose que escribió "*Un viaje a las Médulas*", publicado en 1904, son ponferradinos. Así Enrique Gil y Carrasco, autor del "*Señor de Bembibre*" y Eugenio Gil, que escribió una biografía de su hermano, pues aunque nacieron en Villafranca, crecieron en Ponferrada; El fabulista Pascual Fernández Baeza, los abogados José Fernández Carús y Adriano Curiel y Castro; el dramaturgo y poeta Mateo Garza; el poeta Alfredo Agostí, y el novelista Ubaldo Romero Quiñones. En ese siglo tampoco deberíamos olvidar a otros autores no literatos, como al cacabelense Antonio Méndez Novoa, que escribió, en 1846, un libro para demostrar la cuadratura del círculo; al médico de Corullón Miguel González, autor en 1856 de unos "*Estudios prácticos de medicina práctica*", al también médico ponferradino Julio Laredo, que en 1899 publicó una "*Topografía médica de Ponferrada*", o al arzobispo

Antolín López Peláez, tan ligado al pueblo de Albares.

La nómina de estos escritores se hace muy numerosa en el siglo XX, y por conocidos no vamos a reseñar sus obras, pero si recordar sus nombres, como los de los villafranquinos Antonio Carvajal, Pedro Fernández Gerbolés, Enrique Antón, Ramón González-Alegre, Ramón Carnicer, Antonio Pereira, Gilberto Núñez Ursinos, José Nieto, Francisco Pérez Caramés y Juan Carlos Mestre; los cacabelenses Manuel Álvarez Juárez, Manuela López y Raúl Guerra Garrido; los ponferradinos Adelino Pérez, José A. Panero, César Gavela, Amparo Carballo, José Alonso y Emilio Vega. Pero realmente todos los pueblos cuentan con algún digno representante: Bembibre, con Vatemar y M^a Angeles Basanta; Corullón, con Antonio González Guerrero; Villadepalos, con M^a José Montero; Tombrio, con José Luis Prieto; Matachana, con Nicanor García Ordíz; Noceda, con Felisa Rodríguez; Torre, con Andrés Viloria y Manuel Garrido; etc. Esto sin contar historiadores, geógrafos, periodistas, y un largo etcétera de profesionales.